



Boletín mensual ilustrado, director-propietario D. SALVADOR CASTELLÓ Y CARRERAS

Revista creada por la Real Escuela de Avicultura de la «Granja Paraiso» en Arenys de Mar y premiada con Diploma de Honor y Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Avicultura de Bruselas de 1897

Órgano oficial de la «Sociedad Nacional de Avicultores españoles»

España, al año 8 pesetas ★

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
DIPUTACIÓN, 301; BARCELONA
APARTADO DE CORREOS N.º 202

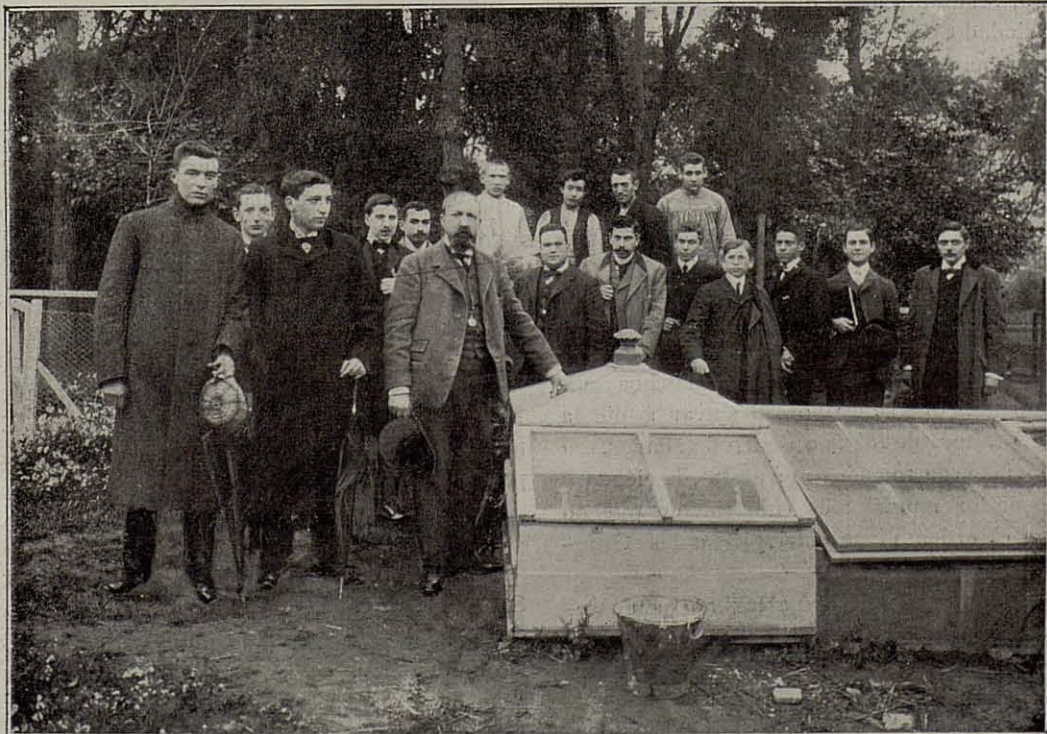
★ Extranjero, 10 pesetas

Año XI

Marzo de 1904

Núm. 96

ENSEÑANZA AVÍCOLA ESPAÑOLA



GRUPO DE ALUMNOS DEL CURSO DE AVICULTURA DE 1904

SUMARIO

La fiesta de las palomas. — SECCIÓN DOCTRINAL: El cruzamiento, por Victor de la Perre de Roo. — El corral, según notas tomadas del *New Book of Poultry*, de Mr. Lewis Wright, por Salvador Castelló. — NOTICIAS: Nota de gratitud. — Exposición Internacional en Bruselas. — El suero Guérin contra la angina diftérica, la coriza contagiosa ó crup de las aves. — En Dinamarca. — Nuevo empleo del gallo. — Los canarios en Inglaterra. — Conservación de los huevos. — AMENIDADES: Relato de caza, por Antonio Covarsi.

La fiesta de las palomas

Por segunda vez las pintorescas cumbres del Tibidabo, desde las cuales la vista alcanza á ver así la populosa Barcelona, como las fértiles y ricas comarcas que la rodean, han presenciado el hermoso espectáculo de una gran suelta de palomas, número obligado con que la « Real Sociedad Colombófila de Cataluña », celebrará anualmente y en aquellas alturas, la típica y patriótica fiesta de las palomas.

La del corriente año, revistió especial solemnidad por presidirla el Excmo. Sr. Capitán general de la región, en representación de S. M. el Rey, el Gobernador civil y el Alcalde de Barcelona, y á ella concurrió con su estandarte la « Sociedad Nacional de Avicultores », á quien su hermana, la Sociedad organizadora, invitó y señaló puesto de honor.

He aquí la reseña de la fiesta, según *El Noticiero Universal*, de la prensa diaria de Barcelona, edición del 3 Marzo noche:

« Tan animada y brillante como la celebrada el año pasado, resultó la fiesta que, organizada por la « Real Sociedad Colombófila de Cataluña », se celebró esta mañana en la cúspide del Tibidabo.

A aquel lugar, el más á propósito para tal fiesta, acudió numerosísimo público.

A primera hora

Desde las seis de la mañana se notaba ya en las líneas que conducen á Gracia inusitado movimiento.

Por la calle Mayor de aquella barriada pasaban, ascendiendo, toda clase de vehículos que conducían desde la más linajuda dama al modesto obrero. Veíase, además, jinetes, automóviles y muchos animosos viandantes que se proponían salvar á pie la distancia y la altura de los 500 y pico de metros.

Los tranvías eran tomados por asalto, haciéndose necesario que los municipales cuidaran de que no se alterara el orden ni se infringieran las Ordenanzas.

Lo primero se consiguió en parte; no así lo segundo, pues los tranvías salían abarrotados de pasajeros.

En la montaña

Lo propio sucedía en los tranvías eléctricos que conducen hasta el funicular, y hasta en los coches de este ferrocarril.

El aspecto de la montaña, vista cuando ascendíamos en los coches de la « Anónima del Tibidabo », era por demás hermoso y en extremo pintoresco; muchísimas gentes caminaban en dirección á la meseta superior, formando larga fila y llevando no pocas de ellas cestos llenos de viandas.

En la meseta

A las diez de la mañana, en la meseta del Tibidabo, había ya una concurrencia numerosísima.

A la derecha del hotel y á espaldas de la estación del Funicular, se había dispuesto una cerca, en la que se habían fijado algunos postes adornados con banderolas.

En los balcones de la estación se habían colocado colgaduras.

La animación aumentaba según avanzaba la mañana; los trenes subían atestados, y en distintos puntos se veían fotografías tomando posiciones para impresionar las placas de sus máquinas.

Exposición de belleza

En los bajos de la estación colombófila estaba dispuesta la Exposición de belleza en palomas.

En el local habría unas 150 jaulas, propiedad de otros tantos expositores, conteniendo ejemplares verdaderamente notables, entre los que descollaban los del Sr. A. R. Solá, organizador de la Exposición, el cual ha clasificado los ejemplares que fueron premiados por el colombófilo belga M. Paul Tordó, venido expresamente para asistir á la fiesta.

A la Exposición acudió numeroso público durante todo el día.

Llegada del General Delgado

A las diez y media próximamente, llegó en un *landeau* al Tibidabo, por la carretera de Vallvidrera, el Capitán general de la región, Sr. Delgado Zuleta, acompañado de su hijo y ayudante de campo D. Guillermo Delgado Brackembury.

El Sr. Delgado Zuleta, que ostentaba la representación de S. M. el Rey, iba escoltada por un escuadrón de dragones de Santiago, al mando del Capitán D. Emilio Ruiz López.

Al llegar el representante de S. M. fué recibido á los acordes de la Marcha Real, ejecutada por la banda del batallón de cazadores de Estella. El público prorrumpió en aplausos y el cañón granífono hizo salvas.

Autoridades é invitados

Asistieron también al acto el Gobernador civil Sr. González Rothvoss, el Teniente de alcalde señor Marial, en representación del Alcalde, y numerosos invitados, cuya lista de nombres sería muy larga.

Todos fueron recibidos por los individuos de la « Sociedad Anónima del Tibidabo », señores Bosch y Alsina, Andreu, Roviralta, Rosich, Rubió y Macaya, y por los de la « Real Sociedad Colombófila »,

señores La Llave, Parelló, Girona, Calvó, Castelló, Valls, R. Solá, el Director de los palomares, señor Lobo y otros.

Comienza la fiesta

Una hora después de la anunciada, se organizó en la meseta del Tibidabo la comitiva, que se dirigió á la capillita situada en la parte posterior del hotel.

Al frente de dicha comitiva iba una pareja de municipales montados; seguían los señores Girona y Castelló, siendo portadores, respectivamente, de las banderas de la «Real Sociedad Colombófila de Cataluña», y de la «Sociedad Nacional de Avicultores».

Iban después el Capitán general y demás Autoridades é invitados, y un público numerosísimo.

La misa

La dijo el P. Hermida, Superior de los Salesianos. Junto al pequeño altar daban guardia ocho gastadores y un sargento de ingenieros.

El Capitán general, el Gobernador y los individuos de la «Anónima del Tibidabo», y de la «Colombófila», oyeron la misa á corta distancia de la capilla, rodeados de curiosos y de fotógrafos que en aquellos momentos sacaron muchas instantáneas.

El momento de alzar la Sagrada Forma fué solemne.

La banda de Estella, que, situada á espaldas de la capilla ejecutaba escogidas composiciones, dejó oír en aquel instante las notas de la Marcha Real; la banda de los clarines de los dragones de Santiago batió marcha; el cañón granífugo hizo salvas y los cientos de almas allí congregadas se postraron de rodillas, guardando silencioso recogimiento.

Al concluir la misa se dirigieron las Autoridades á la tribuna presidencial, disponiéndose á presenciar

Las sueltas

Las dirigió el colombófilo belga M. Paul Tordó y el Teniente de ingenieros Sr. Torras.

El Sr. Delgado Zuleta, desde el balcón presidencial, hizo la señal con un pañuelo y se soltaron las palomas de Figueras, después las de la «Sociedad Colombófila de Mataró», y luego las de la «Colombófila Iluro», de la propia ciudad.

Después se verificó la suelta general de 2,000 palomas, juntas las de Barcelona y Sabadell.

La nube que formaban se elevó en el espacio, describió algunos círculos y desapareció poco después.

Entre tanto el cañón granífugo hacía salvas y la música tocaba un paso doble.

Poco después fueron soltadas 50 palomas con silbatos chinos.

Desfile

A la una y cuarto de la tarde comenzó el desfile. El Capitán general, que se hallaba algo indispuerto, se retiró pronto con su hijo, bajando en el funicular,

donde fueron á despedirle las Autoridades y mucho público.

Gran parte de éste bajó también á Barcelona, á pesar de lo cual quedó bastante para llenar las mesas del restaurant Tibidabo y otros hoteles de las inmediaciones.

El banquete

A causa de la excesiva tolerancia del dueño del restaurant, los invitados oficiales tuvieron que esperar un buen rato á que se les sirviera la comida, porque el público se posesionó de la mesa á aquéllos destinada.

La comida fué servida en el piso primero del restaurant, celebrándose el banquete en familia, pues muchos de los invitados marcharon á comer á Barcelona.

El Gobernador presidió la mesa y al final de la comida pronunciaron breves palabras, brindando por el Rey, los señores Castelló, González Rothvoss, Mainar y Tordó.

A las cuatro y media terminó el banquete, regresando á Barcelona todos los invitados.

El orden

Ha sido perfecto. Se encargaron de que así fuera, el Inspector de policía Sr. Artigas con fuerzas á sus órdenes y algunas parejas de la guardia civil y mozos de escuadra.

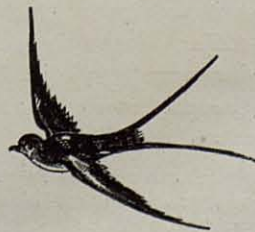
Telegrama

El Capitán general ha teleografiado al Jefe del cuarto militar del Rey, manifestando que había asistido, en representación de S. M., á la fiesta de hoy, y dándole cuenta de la incondicional adhesión al trono de la «Real Sociedad Colombófila de Cataluña».

* * *

La fiesta de las palomas ha tomado, pues, carta de naturaleza en la capital del Principado, y bien pueden vanagloriarse sus iniciadores, pues cabe presumir que en años sucesivos, el interés siempre creciente, afianzará el éxito ya alcanzado en los dos años que se viene celebrando.

En nombre de la Avicultura española, enviamos á la «Real Sociedad Colombófila de Cataluña», nuestra sincera felicitación, dándole las gracias por la deferencia y las pruebas de confraternidad que nos viene dando.





El cruzamiento

En fin, no es menos erróneo, á nuestro entender, creer que, cuando dos razas vecinas, y no un número mayor, se cruzan, resulta necesariamente un tipo intermedio. Tanto en las naciones como en las familias, ordinariamente el tipo se modifica más ó menos según el uno ó el otro ascendiente que se reproduce. Y los cruces podrán ser absorbidos, pues cruzándose con una ú otra de las razas madres, vuelven sin cesar ó tienden á volver á uno de los tipos de que han nacido y de los que se han desviado; quizás también algunas veces, uniéndose entre ellos, se remontarán hacia su origen primitivo.

DE QUATREFAGES.

El cruce ó cruzamiento es la unión ó la mezcla de dos razas distintas, con miras de producir una tercera, teniendo caracteres propios que la hagan diferenciar de las dos razas madres de que ha nacido.

Pero la experiencia ha demostrado que cuando se mezclan dos razas distintas, una indígena ó de origen antiguo, otra lo más exótica posible ó de origen nuevo, esta última desaparece gradualmente á medida que las generaciones se acumulan; mientras que la primera, ó mejor la que tenía el indigenato, persiste casi exclusivamente en sus productos, si los cruces que se quieren hacer reproducir entre ellos con miras de fijar y mantener la raza, están colocados en las mismas condiciones higiénicas y climatológicas á las cuales la raza primitiva ó indígena debe su sangre, conformación y aptitudes.

En estas condiciones, la progresión hacia la preponderancia incontestada y definitiva de la vieja raza indígena es cierta y se establece de una manera regular, matemática y progresiva, de generaciones en generaciones hasta que no existe ya ningún rasgo de la sangre de la raza mejorante.

Como dice M. Huzard, miembro de la Academia de Medicina: «Sucede que se introducen en una remonta caballos padres extranjeros sin preocuparse de las influencias y cuidados que han fijado la raza de estos caballos padres. Páreceme natural, añade M. Huzard, que entonces no se rehuse á reproducir, y todavía menos á fijar la raza de los caballos padres. En vano se sucederán con regularidad los cruces de caballos padres los más excelentes; su sangre bajo las influencias contrarias á las de una localidad, del clima en el cual se ha producido, y bajo un regimen impropio para conservar sus cualidades, será siempre modificada, dominada por la de las razas de las

madres, que queda en sus elementos de primera producción.

M. Sanson tiene el mismo criterio, y dice que es cometer un grave error admitir que una raza de animales pueda ser mejorada por vía de cruzamiento y que nunca, en ninguna especie, los cruces agrupados entre sí, no han transmitido de una manera seguida á sus descendientes los caracteres esenciales que les diferencian de sus autores inmediatos. Los productos, añade M. Sanson, abandonados á ellos mismos, bajo las solas influencias de la generación, vuelven siempre muy pronto al tipo del de sus ascendientes que estaban en posesión del indigenato.

Estas leyes de la naturaleza no admiten excepción, y funcionan de la misma manera en los pueblos y en los animales.

¿No vemos casi en todos los pueblos conquistadores perder fisiológicamente los caracteres de sus razas? Casi en todas partes, se han borrado y confundido con la población indígena.

No intentaremos aquí demostrar este hecho: la demostración se ha hecho en diversos pueblos y nos contentaremos con señalarla aquí, á fin de no separarnos mucho del plan que nos hemos propuesto.

En apoyo de la tesis tan sabiamente sostenida por M. Huzard, hemos citado ya al caballo inglés pura sangre, ó el caballo de carrera, que debe el desarrollo de su sistema muscular á la gimnasia á que la raza ha sido sometida de generaciones en generaciones y á su regimen seco, del que es la base la avena.

Hemos encontrado muy natural que nuestros *sportmens* que tanto interés tienen en tener buenos caballos, hayan llegado á criar en Francia caballos que no tienen nada que envidiar á los que nos vienen del otro lado de los mares, porque en criaderos inteligentes se ha recurrido á los mismos procedimientos de cría á los que los caballos ingleses debían su superioridad.

Pero no sucede lo mismo con la yegua percherona, que después de haber sido saltada ó montada por un caballo padre inglés, continúa en la yeguada donde ha nacido y en el país del cual es la expresión agrícola. En estas condiciones, bajo las influencias del regimen verde, que es del todo impropio al desarrollo del sistema muscular del potro mestizo, nos parece igualmente natural que el cruzamiento no se ha conseguido, que la sangre de la raza mejoradora sea dominada por la de la madre, que queda en su sitio y en los elementos á los cuales debe su conformación maciza, su ancho pecho ofreciendo un vasto apoyo al collar y sus aptitudes para arrastrar pesados coches.

Apenas hay nada más asombroso que los cruces anglopercherones apareados en seguida bajo las influencias de la ley del atavismo, secundado con energía en sus efectos por el regimen alimentario impropio á la conservación de las cualidades de la

raza mejoradora, engendran productos en los cuales el tipo de la raza madre, indígena, que se acusa cada vez más enérgicamente á medida que las generaciones se suceden y acumulan.

El cruce de la gallina de Crevecœur y la raza común apenas ha dado mejores resultados en Bélgica. La raza de Crevecœur no debe sus cualidades más que al régimen alimenticio y á los cuidados de que está rodeada desde su nacimiento en la localidad que le da el nombre. Mientras que el labrador belga no tiene más que un interés mediano en cuidar sus gallinas, hasta el extremo de que á menudo éstas duermen al descubierto y no tienen otra alimentación que la que encuentran escarbando en las cuadras, establos y en los campos. Ha resultado que las Crevecœur de pura raza que he enviado á este país, han degenerado pronto y no han vivido allí mucho tiempo; que los mestizos nacidos del cruce entre el Crevecœur y la raza común flamenca, no tenían ninguna de las cualidades de la raza mejoradora y no diferían de la raza indígena más que por el moño que casi todos habían heredado.

En resumen, por el cruce inteligentemente aplicado, se llega á crear individuos determinados, que reúnen algunas veces en hermosa armonía de formas los distintivos característicos de las dos razas madres; que responden á las exigencias del criador, á la condición de someter los mestizos al mismo régimen alimenticio y rodearlos de los mismos cuidados á los cuales la raza mejoradora debe las cualidades buscadas que el criador se propone perpetuar en la nueva raza.

En las gallinas y palomas, de color uniforme, el cruce presenta menos dificultades, y sucede casi que el cruce produce resultados maravillosos. Citaría como ejemplo el elegante pichón dragón que es el resultado de diversos cruces entre el pichón carrier, el mensajero y el *culbutant* ó (volteador); los excelentes resultados dados por el cruce entre el gallo Langshan y la gallina La Flèche de los que he visto gran número de soberbios ejemplares en el jardín de Aclimatación. Pero no sucede lo mismo cuando se trata de mejorar y fijar, por medio de cruce, una raza de gallinas ó palomas cuyo principal carácter consiste en la disposición de los colores de su plumaje, ocupando cada una de las regiones determinadas, y bien distintas, de las que no deben traspasarse los límites.

Entre estas razas citaré la admirable de Bantam Sebrighth, que fué creada por medio de diversos cruces desconocidos, de los cuales Sir John Sebrighth se llevó el secreto á la tumba; el maravilloso Balthead, de cara corta, que fué mejorado con la ayuda de cruces con el Jumbler Almond; el soberbio Pouter, inglés, con barba; las palomas Gazzi ó de Modène, el Domino, y una infinidad de otras razas artificiales que han sido creadas ó mejoradas por el hombre con más ó menos éxito.

(Concluirá)

VÍCTOR DE LA PERRE DE ROO

El corral

según notas tomadas del «New Book of Poultry» (1)
de Mr. Lewis Wright

Nadie como los ingleses para conocer las necesidades de los animales domésticos útiles al hombre, y para saber obtener de ellos buenos rendimientos.

La lectura de las diversas obras publicadas en lengua inglesa sobre zootecnia en general y en especial sobre el corral y sus habitantes, bastan para poner en autos sobre la materia y darse cuenta de la minuciosidad con que en aquel país se estudia todo, hasta aquello que por acá suele creerse más superficial.

Uno de los puntos que más han preocupado á los criadores ingleses, ha sido la cuestión del alojamiento y, en verdad, forzoso es reconocerlo como el principal.

Hace poco, leyendo la grandiosa obra de Wright, *Nuevo libro del corral*, sentí verdadera fruición al estudiar lo que sobre el gallinero nos dice, pues sin apartarse de lo que sobre el particular tenía yo ya dicho á nuestros lectores referente á las diversas partes de que el corral ha de constar y las condiciones que cada uno ha de reunir, verá en ella datos muy interesantes que sentí la necesidad de traducir y extractarlos para darles cabida en estas columnas.

Entre las diversas materias que se relacionan con la habitación y cría de las gallinas y demás aves de corral, dice aquel autor, una de las primeras que deben estudiarse es la salubridad del gallinero, esto es: de la salud de las aves en relación al medio en que se las tiene.

El estudio de la habitación puede hacerse partiendo de dos puntos de vista, si no del todo distintos, cuando menos basados en dos principios diferentes. Estos son: la *libertad completa* ó sea la *vida en pleno campo*, y la *reclusión* si no absoluta, combinada con aquélla.

El sistema de crías en pleno campo es relativamente moderno, pues si bien en Inglaterra hace ya algunos años se viene practicando con los Dorkings y Caras Blancas admirablemente criados bajo ese régimen espartano, las experiencias más concluyentes se han practicado con faisanes y otras aves silvestres mucho más vigorosas y finas de plumaje que las que se criaron en el cautiverio.

En reclusión estas aves son extraordinariamente delicadas y mueren muy fácilmente, ni más ni menos de lo que ocurre con los salvajes, á los que el misionero viste y obliga á vivir bajo techado.

Nosotros, en cambio, acostumbrados á ir abrigados y alojados en nuestras habitaciones, nos resentiríamos si se nos exponía á la intemperie.

Hay que tener en cuenta que la delicadeza de un animal puede manifestarse de dos maneras entera-

(1) Nuevo libro del corral.

mente diferentes. Todo animal, incluso el hombre, puede criarse muy fuerte ó robusto bajo un clima algo inclemente, pero puede también resultar extraordinariamente delicado por poco que los pastos ó alimentos y el aire resulten viciados.

A otras aves, distintas de las mencionadas, puede, en cambio, convenirles la reclusión; y si esto puede parecer algo contradictorio, es porque muchos no se han dado el trabajo de estudiar el asunto en el terreno de la práctica.

Así vemos algunos, que presumen de autoridad, que aconsejan la crianza de los pavos de Indias en pleno campo, incluso en Inglaterra, y sin preocuparse ni siquiera de los ladrones, de las zorras y de los otros peligros que amenazan al propietario que se halla con medios ó en condiciones de practicar la crianza en aquellas condiciones.

Hay, pues, que tener presentes ambos procedimientos de crianza en libertad ó en reclusión, y obrar según convenga, amoldando el sistema á las conveniencias de la localidad y del adelanto en que se halle.

Las contingencias, ventajas y métodos de exposición de este sistema de cría, pueden resumirse en breves términos, debiendo partir de la base de que, si las aves no tienen espacio suficiente para estar en continuo ejercicio en pleno aire, los resultados siempre serán fatales; sin embargo, donde esto pueda alcanzarse hasta en las razas cuya mejor cualidad, es la carne fina y el plumaje fino, pueden obtenerse éstas en su mayor grado de perfección que difícilmente se obtendría de otro modo y siempre con escasas defunciones.

Al principio, algunos de los primeros ejemplares, sometidos á ese tratamiento (y que hayan sido criados por otro sistema), probablemente podrán perecer, como también los más débiles de una pollada, pero éstos podrán eliminarse y, por regla general, el sistema puesto bien en práctica, produce óptimos resultados y el adoptarlo no es incompatible con el volumen del ave, pues así lo demostró la vizcondesa de Holmesdale con el éxito alcanzado hace veinticinco años con sus Dorkins.

La cuestión del alojamiento queda así reducida á poca cosa, pues lo más necesario serán tan sólo las casetas que se necesiten perfectamente abiertas por un lado y distribuidas según convenga, resguardando su interior de los vientos malos. Estas casetas servirán así para albergar á las aves en calidad de dormitorios, aunque algunas aves probablemente dormirán sobre las ramas de los árboles.

Los ejemplares de exposición más perfectos pueden así criarse en un parque cualquiera, con poco gasto, en lo que se refiere á edificios y cercados.

Es cierto que los parques y las grandes extensiones de terreno no están al alcance de todos, y además la salubridad y robustez, así como las buenas condiciones del animal, no son los únicos puntos á considerar por parte del avicultor.

El que simplemente cría ejemplares para las exposiciones, sólo se preocupa de aquéllos, pero muchos deben también atender al coste de alimentación y al valor de lo que producen.

Esto lo demostró muy bien una avicultriz americana, que lo expuso en una revista de su país.

Según dijo, durante muchos años empleó el sistema y plan americano de casetas cerradas para el invierno y encerraba á las aves en cuanto hacía frío, pero al fin se resolvió á emplear el sistema de dejarlas en pleno campo hasta en aquel duro clima y como prueba dejó la mitad de sus crías completamente fuera, bajo un simple cobertizo, hasta cuando el termómetro marcaba cero grados, y sólo en Diciembre tapó la parte abierta con algunas mantas viejas.

Las aves que estuvieron albergadas en casetas siguieron propensas á los constipados, en tanto que las que durmieron fuera nada tuvieron y se criaron más finas y de osamenta más fuerte; pero de otra parte, éstas comieron muchísimo más, mientras las que durmieron cobijadas en las casetas engordaron más y empezaron la puesta aproximadamente un mes antes.

Estos resultados reducen la cuestión, pues nos conducen nuevamente y en la mayoría de los casos, á la necesidad de obrar según las condiciones del país, pero aténganse, pues, nuestros lectores á las atinadas observaciones del autor británico y experimentenlo por sí mismos como me propongo hacerlo yo con interés y sin descanso; veamos si quizás nuestras gallinas son de las que más pueden necesitar de ese aire puro y ese ambiente de salubridad en que los ingleses, con todo y vivir en un clima muy malo, saben tener las suyas; ensayen ese método bien llamado por el autor *espartano*, los que teniendo sus aves muy recatadas las ven aún sufrir de las inclemencias del tiempo y suelen enfermarseles y hecha la propia experiencia, podremos felicitarle ó desecharlo el sistema si por acá no nos diera resultado.

SALVADOR CASTELLÓ.



Nota de gratitud

Nuestro estimado colega parisiense *L'Aviculteur*, que publican los señores Thomas y Norman, sucesores de M. Perpigna, que á su vez lo fué de la acreditada casa Voitellier, de Mantes, dedica un extenso artículo á la «Sociedad Nacional de Avicultores Españoles», con motivo de la renovación de cargos de

RANCHO CASTELLÓ
CON PATENTE
PARAISINA

EL MEJOR ALIMENTO Y MAS ECONÓMICO PARA LAS AVES DE **CORRAL** FÁBRICA EN ARENYS DE MAR



A Utrillo

ESPLORACIONES MATERIAL Y PUBLICACIONES AVICOLAS
S. CASTELLÓ
DIPUTACIÓN 301, BARCELONA

NUEVO CARTEL

Reproducción autotípica del cartel en colores, proyecto y dibujo del eminente cartelista barcelonés D. Antonio Utrillo, en que se anuncia la venta del RANCHO CASTELLÓ



su Junta de Gobierno para el quinquenio de 1904 á 1908.

Agradecemos vivamente á nuestro colega los amables párrafos que consagra al ocuparse de nuestra Sociedad y los elogios que tributa á nuestro Director.

L'Aviculteur y los avicultores extranjeros pueden tener la seguridad de que la constitución de la nueva Junta en nada variará la marcha de la avicultura española ni alterará las cordiales relaciones que unen á la «Nacional de Avicultores» con las primeras Federaciones y Sociedades europeas, como no sea para aumentar su prosperidad ó para estrechar aquéllas bajo las iniciativas y excepcionales condiciones del nuevo Presidente D. José Pons y Arola.

Al consignarlo, aprovechamos la ocasión para enviar á nuestro colega un sincero y cordial saludo.

Exposición Internacional en Bruselas

La Sociedad de avicultores belgas, que preside el conocido avicultor M. Paul Monseu, ha celebrado su Exposición anual en Bruselas, alcanzando, como en años anteriores, el mayor éxito, pudiendo calcularse en más de 8,000 el número de personas que la visitaron durante los cuatro días que permaneció abierta.

El número de ejemplares expuestos excedió de 3,000, siendo el número de expositores de unos 370, entre los que figuraban, además de 296 belgas, buen número de franceses, ingleses, holandeses y algún alemán.

Se hace ya indispensable que España empiece á llevar sus productos á esas Exposiciones extranjeras, particularmente á las de París y Bruselas, donde no se deja nunca de reservársenos un puesto de honor, dirigiéndonos expresivas invitaciones.

Esperamos, pues, que en el presente año nuestros avicultores procurarán prevenirse y que en las Exposiciones de la campaña avícola de 1905 sabrán corresponder á las atenciones que para con nosotros tuvieron los avicultores de allende el Pirineo y de las que aun les somos deudores.

El suero Guerin contra la angina diftérica, la coriza contagiosa ó crup de las aves

Durante mucho tiempo, los sabios extranjeros, dignos continuadores de la obra del inmortal Pasteur, vienen estudiando las diversas enfermedades de las aves de corral, al objeto de hallar sueros inoculables á las mismas como preventivos de determinados males.

M. Guerin, del Instituto bacteriológico de Lille (Norte de Francia), acaba de descubrir recientemente el *virus atenuante* de esa terrible enfermedad aviaria, que diezma los corrales del mundo entero y que bajo el nombre de coriza contagiosa (cuando se localiza en las narices), conjuntivitis infecciosa (en los ojos) y angina diftérica ó crupal (en la boca y garganta), ataca á los animales jóvenes, hasta el ex-

tremo de que los que nacen en ciertas épocas del año, resultan todos inútiles.

El asunto es, á nuestro juicio, tan importante, que vale la pena de dedicarle especial atención, á cuyo efecto le consagraremos artículo especial en el próximo número.

En Dinamarca

Un avicultor danés, M. Ulrik Viggo, asegura obtener un rendimiento fijo anual de 3'20 á 3'30 francos por gallina criándolas en terrenos que fueron bosques y que se talaron recientemente.

El citado avicultor asegura que el éxito es seguro, pues las aves se alimentan principalmente de los innumerables insectos que llenan aquellas tierras tanto tiempo sin labrar, pero á condición de no colocar más de 150 gallinas en un espacio de 100 á 120 áreas.

Según aquél, hay grandes ventajas en destinar aquellas tierras á la cría de aves durante los diez años que siguen á la tala del bosque y sólo darlas al cultivo después de transcurridos éstos.

Nuevo empleo del gallo

Un avicultor yanke (sólo á ellos podía ocurrírseles) ha tenido la extraña idea de adiestrar un hermoso gallo Cochinchina, leonado, para el arrastre de un cochecito de mimbres, en el que sienta tranquilamente á uno de sus hijos.

Según se lee en varias revistas avícolas que comentan tan original idea, Mr. Plomesen, de San Pablo (Estados Unidos), inventor de ese nuevo medio de tracción animal, escogió aquel hermoso gallo entre algunos cientos que poseía y se resolvió á engañarlo al ver su extraordinaria corpulencia, su fuerza y su vigor.

«Master Cock», nombre bajo el cual es conocido el nuevo corcel, tiene su establo y su guadarnés y junto á él hállase la cochera, de suerte que su hijo Jhon ha encontrado en aquél un juguete viviente quizás único en su género.

En la Exposición de San Pablo, en 1901, Mr. Plomesen obtuvo por su ocurrencia y por su hermoso animal un gran éxito y un magnífico premio.

Los canarios en Inglaterra

Según parece, el Rey Eduardo VII se ha vuelto ferviente propagador de la cría del canario, pájaro ya de antiguo muy caro en Inglaterra, el cual puesto hoy de moda, pues se ha hecho de gran tono tener canarios en todas las casas, está alcanzando precios exorbitantes.

Por los tipos rizados se pagan hasta 20 y 40 libras esterlinas y los de la variedad común se venden también á excelente precio.

Una revista extranjera asegura que recientemente llegó á Londres una remesa de 5,000 de esos lindos pájaros, procedentes de Canarias, los cuales se vendieron de 10 á 20 libras el individuo.

Bueno es que lo sepan los canarieros españoles,

pues tienen en su mano el realizar en el negocio grandes beneficios.

Conservación de los huevos

A los innumerables procedimientos preconizados, cabe aún agregar dos, uno que nos aseguran ha dado excelentes resultados en la Granja Experimental de la Coruña y otro por Saec, químico italiano.

Consiste el primero en preparar una disolución de silicato de potasa en agua á un 10 por 100 de densidad, y sumergir los huevos en ella uno por uno y sólo el tiempo de meterlos y sacarlos pausadamente, poniéndolos luego á secar y guardándolos en cajones.

El Director de aquella Granja, Sr. Alvarez Muniz, nos ha asegurado que así ha logrado conservarlos durante trece meses, después de los cuales los huevos pudieron comerse sin que se notara su vejez en lo más mínimo.

El método de Saec consiste en untarlos de parafina, á cuyo efecto se derrite aquélla, sumergiéndose el huevo en el líquido. Con un kilo, se afirma pueden tratarse unos 3,000 huevos.

Como se ve, es siempre la teoría de tapar los poros por un medio adecuado, al objeto de que no pueda establecerse corriente alguna de aire ó evaporación entre el exterior y los líquidos que el huevo contiene.

Largo rato llevaba entregado á su placer favorito y sin dar caza ni á un mísero conejo, cuando entre el tupido follaje de un espeso bosque distinguió un resplandor celestial que le hizo caer de rodillas extasiado ante el espectáculo que á su vista se ofrecía.

No lejos de él mostrábase radiante de belleza un precioso ciervo de largos y vistosos cuernos, entre los cuales una cruz luminosa enviaba al absorto cazador sus radiantes destellos.

Huberto cayó de hinojos ante aquella celestial visión, lloró sus pecados y resolvió hacer penitencia en un monasterio, de donde salió después de muerta su esposa, entrando luego en la vida religiosa, en la que murió sentado en la silla episcopal de Tougres, á la que le elevó el Papa, al decir de algunos maliciosos, pues volviendo á sentirse cazador, parecía dispuesto á volver á las andadas, por lo que el Sumo Pontífice le llevó á sitio donde ello no le fuera posible.

La leyenda del misterioso ciervo ha sufrido tantas alteraciones, que es difícil asegurar cual es la versión más exacta del milagro; mas lo cierto es que el glorioso santo, venerado como patrón por la mayoría de las Sociedades de caza católicas, debió su conversión al aviso divino por aquél enviado y por él hallarse hoy gozando de las bienaventuranzas de la Corte Celestial.

Antonio Covarsi, en sus bien escritas *Narraciones de un Montero*, nos lo recuerda en la descripción de una de sus más interesantes escenas de caza, bajo el epígrafe

El ciervo de San Huberto

Lo que ha de suceder tiene mucha fuerza. Yo estaba predestinado á matar el «Ciervo de San Huberto», y lo maté; trabajo inmenso me costó, pero al fin y al cabo conseguí tener su cabeza disecada en mi despacho.

Unos cuantos amigos, entre ellos mis queridos compañeros D. Hipólito Gragera y D. José Bejarano, que era el cura más cazador del mundo, habíamos organizado un vaqueo por aquello de no poder estarnos quietos, y partimos á caballo á la dehesa de «La Muela» una tarde del mes de Agosto de 1878. A las dos de la mañana ya ocupábamos, con las escopetas, nuestros puestos, y los monteros ó vaqueadores habían salido á las doce dando un gran rodeo para venir batiendo las reses hacia la «Sierra del Machial», en cuya falda esperábamos ocultos los tiradores.

Con el fresco de la madrugada y la falta de descanso, por no haber dormido aquella noche, que la pasamos casi toda marchando á caballo, me quedé un poco traspuesto en la mata que ocupaba, hasta que entre sueños creí oír á lo lejos las voces de los vaqueadores. Desperté azorado, y á la luz del crepúsculo, sobre una pequeña loma que tenía delante, á unos doscientos metros, ví la silueta de una visión fantástica que representaba un magnífico ciervo.



Relato de caza

Muchos son los que aun sabiendo que el glorioso San Huberto, hijo de los duques de Aquitania, que vivió allá á fines del siglo XII, es en casi todos los países católicos, abogado de cazadores, ignoran el por que, y la leyenda del famoso ciervo á quien se atribuye el origen de todas sus virtudes.

Casado el noble joven con Floridablanca, hija de los condes de Louvain, la abandonaba con frecuencia llevado de sus aficiones cinegéticas y solía vivir completamente entregado á los placeres de la caza, sin preocuparse en absoluto de sus deberes y obligaciones.

El día del Viernes Santo del año 683 salió Huberto de caza, sin que le arredrara ni la santidad del día ni el mal ejemplo que con su comportamiento daba á sus vasallos.



¡Qué perfiles de piernas y brazos! ¡Qué gallardía! ¡Qué astas tan perfectamente colocadas y qué cuello! Parecía un caballo jerezano de la más pura raza.

Creí que soñaba, y de rodillas, empuñando mi escopeta, con el cuello estirado y conteniendo la respiración, contemplaba aquella escultura negra.

Por fin, desapareció y no lo volví á ver más.

Esperé oír los disparos de mis compañeros de la izquierda á cuyos puntos se dirigió; pero nada, todo permaneció en silencio, y cuando nos reunimos nadie había visto al venado.

Fuí á la loma, creyendo que había sido una ilusión, registré el terreno, y como el piso estaba duro, no pude encontrar la pista de aquel precioso animal. No sabemos ninguno por donde escapó; todos insistían en que había sido un sueño, y más lo corroboraba la descripción tan entusiasta que yo les hacía.

Por esto y por su extraña desaparición, le puse de nombre el «Ciervo de San Huberto».

Aquel verano aun vaqueamos algunas madrugadas el mismo terreno y otros próximos; pero el «Venado de San Huberto» no lo volvimos á ver, por más que todas las expediciones que yo organizaba por aquellos campos no tenían otro objeto.

Al siguiente invierno continuamos con ardor las cacerías, pero nunca monteamos las dehesas donde pastaba nuestro venado, por ser pequeñas y de pocas esperanzas. Entre mis víctimas de aquella temporada se encontró un magnífico ciervo muy parecido al de la visión, y el bueno del *pater*, señor Bejarano, que se halló en el lance, aseguraba ser aquel por las bonitas formas que tenía y grandes astas, y más insistía por las circunstancias especiales que concurrieron en su muerte.

Hacia seis días que seis buenos amigos cazábamos arranchados en la dehesa de Alpotreque.

El último por la tarde regresábamos en busca de los garbanzos uno en pos de otro por la estrecha vereda que separa las manchas de «Bullón» de la dehesa de Azagala, de la «Sierra del Rosal», de la dehesa de Matapegas.

Ya llevábamos once reses muertas, y muertos de cansancio venían los perros, caballos, batidores y monteros, pero yo, que siempre cuando regreso de una montería voy mirando para atrás por lo que queda, la proximidad de la magnífica mancha de «Bullón», que se presentó ante mi vista al desembocar el barranco de «Morrón del Agua», despertó mi afán del cazador, que nada le satisface, y le dí la voz de alto á la cabeza de la guerrilla, proponiendo que en lo poco que nos quedaba de día rodeáramos la mancha del «Cerezo del Bullón».

D. Pedro del Castillo, que iba de jefe, me hizo presente lo tarde que era, que la gente estaba muy cansada, los perros no daban golpe y no tendríamos un batidor que quisiera entrar en aquel infierno.

No sé como me las compuse, conquistando á mi cariñoso capitán, que desistió de sus valiosos argu-

mentos, y con la mayor voluntad de buenos cazadores todos se reanimaron, procediendo á rodear á escape, si bien yo me ofrecí á batir con el invicto cura y un montero de á pie, á quien dí un caballo, pues el pobre no podía con su alma de cansancio.

Entramos en el monte con el sol ya puesto, y más se nos puso en cuanto penetramos en aquellas espesuras; pero firmes en nuestro propósito, batíamos el monte como leones.

Al cuarto de hora ya había yo levantado tres reses de un chafardal inmenso por donde iba metido, reses que por poco atropellan al cura que batía á mi izquierda, y reses que se fueron para atrás sin que las escopetas pudieran matar ninguna.

Yo jamás pude verlas; sólo sí sentía el ruido que llevaban en su huída por lo espesísimo del bosque, cuya altura no me permitía divisarlas, aunque á veces me puse de pie sobre la montura de mi caballo con la sana intención de meterles una bala en el cuerpo.

En vista de la imposibilidad de tirarles, llamé á mi puesto al bueno del cura, que sólo llevaba cuchillo, y yo ocupé la ruta que él batía, donde por estar el monte más claro y ser la huída natural de las reses, todas iban á dar de narices con su caballo. Al poco rato de seguir monteando se le arrancó al *pater* de los pies un magnífico venado, que corrió derecho á mí.

Ya era casi de noche, pero á pesar de la poca luz, yo bien veía acercárase el ciervo; paré mi caballo, monté mi escopeta y sin moverme lo recibí muy tranquilamente.

El *padre* José se hacía pedazos corriendo, dándome voces y gesticulando para hacerme ver la dirección que llevaba la res, sin apercibirse que escopeta á la cara esperaba yo al ciervo á caballo parado, llegando en marcha de frente hasta unos quince pasos. Como es natural, no le disparé por no darme de blanco sino el pecho y la frente, y esperaba se me perfilase para hacer fuego.

Como los perros estaban tan rendidos, caminaban todos al pie de los caballos y á las voces del cura se adelantó el «Tenaza», hermoso podenco blanco, que se tiró al hocico del ciervo y acto continuo torció la marcha, pues de haber seguido la dirección que traía, seguramente me hubiera atropellado.

Se corrió á mi derecha, hacia atrás, dándome el costado y á unos veinticinco pasos, perfilado de rabo; le disparé, echándolo á rodar con un balazo por la tercera costilla. Se levantó y siguió corriendo; el segundo disparo le hizo morder el polvo nuevamente, pero siguió su carrera hasta unos ciento cincuenta pasos, en que rodeado de perros, empezó á cornearlos.

Por temor de matar algún perro y por la poca luz del día me tendí sobre el cuello de mi caballo y rape á las cogollas del monte le disparé dos tiros más á la cabeza, única parte de su cuerpo que se destacaba de las matas, sin herirle.

Entonces el animal emprendió vertiginosa carrera seguido de la recova, que se lo iba comiendo; no sé el tiempo que duró la persecución, pero al fin el cura y yo lo alcanzamos, después de pasar un profundo barranco, y fué muerto.

Por donde pasamos el barranco el cura y yo no lo sabemos; todos se hacían cruces de como pudimos trasponer aquel precipicio á caballo, pues precisamente cruzamos el «Regato de los Gagos» por la parte en que tiene las barrancas más altas.

Terminado el lance á obscuras, el cura juraba y perjuraba que aquel ciervo era el de mi sueño, pero yo, que lo tenía entre ceja y ceja firmemente, sostenía lo contrario.

Efectivamente; pasó el invierno y volvimos á nuestras pequeñas expediciones de verano, de salteos y rondas por las cercanías de La Roca, y volvió á aparecer el «Ciervo de San Huberto».

Lo ví en dos vaqueos sin poderle tirar, y una noche rondando iba yo tranquilamente armado de cuchillo por un vallecito próximo á la fuente de la Muela.

En el silencio de la noche oí á mi izquierda, en unas mesetas limpias de monte, llamar á los podencos con gran algazara, y acto continuo tirarse un alano al agarre. Corrí las espuelas á mi caballo, salí al galope en dirección al barullo, y durante mi marcha, aun escuché tirarse dos alanos más, por lo cual apretaba mi carrera, y cuando llegué, á todo escape, al alto de la meseta, casi con la cabeza de mi caballo tropezó el venado de mis ilusiones, que al divisarnos, se corrió á la derecha y pasó, rozándose, aquella barrera abajo.

La luna alumbraba espléndidamente y pude á mi gusto reconocerle, seguido de la recova. ¡Qué hermoso iba! Como sólo llevaba mi cuchillo de monte, tuve que contentarme con mirarlo por pocos momentos, perdiéndose al instante entre las encinas.

Esta era la cuarta vez que se presentaba á mi vista animal tan hermoso.

Pasó el verano y organicé la primera montería al cortijo de «La Muela», siempre con la idea fija en el «Ciervo de San Huberto», que era mi constante pesadilla.

El primer día cazamos dos magníficas manchas de la «Sierra del Machial», sin resultados, y nos quedaba por cazar próximo al cortijo «La Morra de Casillas», que consta de una pequeña sierrita, estribación de la citada del Machial.

Mis compañeros se oponían á cazar aquel pequeño recinto, pero á falta de D. Pedro Castillo, me impuse y conseguí que se batiera aquella pequeña sierra, pues suponíamos, y no sin razón, que la falta de caza en las demás manchas era debida, indudablemente, á reconcentración de las reses en «La Morra» por la proximidad de las comidas. Como éramos pocos cazadores, tuvimos que cubrir el aire con los caballos, y aun de puesto en puesto colocábamos algunos espantajos para obligar á las reses á tomar las

huídas más naturales, donde nos ocultábamos las escopetas.

Yo tuve que colocar mi caballo en un llano á mi izquierda, y á mi derecha se situó mi buen amigo D. Fernando López.

A poco de empezar la batida observé la corrida de varios perros hacia una caldera de monte que me tapaba una loma que tenía delante, y acto continuo se presentaron tres gallardas ciervas seguidas de nuestro venado, marchando muy despacio en mi dirección.

Los perros, sin duda, corrieron en pos de otras, pues ni siguieron á éstas ni las reses demostraban temor en su marcha; todo lo contrario, se venían parando y observando muy atentamente el terreno de llano que tenían que atravesar.

En una de estas paradas les llamó la atención la presencia de mi caballo que mosqueaba mucho, y sin correr, torcieron su marcha derechas al puesto que ocupaba mi amigo Sr. López.

Me cruzaban por delante á cien pasos próximamente, pero fiel al respeto que se debe tener al derecho de un compañero, permanecí inmóvil arma al brazo, observando la marcha de tan precioso grupo.

No ví lo que ocurrió; sólo sí puedo manifestar que aquellos animales de repente volvieron grupas, y como balas, salieron huyendo en dirección otra vez á su guarida.

Sin duda mi compañero se movió ó estaría mal oculto; el caso es que volvieron por sus pasos más deprisa de lo que nosotros quisiéramos.

Ya no había que restar nada; era llegado el momento de cumplir con mi deber; apunté con calma al venado y disparé.

Aquel hermoso animal despidió varios pares de coces y se metió en el monte detrás de las ciervas, doblando la loma que tenía á mi frente.

Grande fué mi placer al ver salir las tres ciervas huyendo á todo escape por la izquierda de la loma; pero el venado ya no las acompañaba.

Esto y las coces me hicieron suponer que lo había matado.

Siguió la batida, se dispararon más de cuarenta balas y nada se mató.

Una vez reunida la gente, mi amigo López y yo entramos á caballo en el monte á cobrar el venado, y se nos arrancó para atrás, huyendo en dirección á la próxima mancha de «La Sardina», que estaba á unos quinientos pasos, y en la primera mata que encontró se quedó agazapado á nuestra presencia.

Esto me hizo suponer que el ciervo estaba empanzado, y di orden de no perseguirlo, sino de quedar allí un hombre de centinela y dejar pasar el resto del día, pues al enfriarse tenía que morir.

«El hombre propone y Dios... etc.» Dos *caballeros* perritos que venían recogiendo á la gente, tomaron la huella fresca del venado y se arrancaron como flechas en dirección del bicho. Ya no había que dudar; se hacía preciso su persecución á revista caballos.

Todos partimos á galope, pues los perros á nuestra presencia levantaron el ciervo y corrían detrás de él con malas intenciones.

Fué una carrera de obstáculos preciosa, donde salieron rodando la mayor parte de los monteros y yo pasé por encima del bueno del cura, que más caliente de espuela que yo ó menos previsor, apuró su caballo en unos lodazales, donde sólo se podía atravesar al trote, y en la velocidad de su carrera rodó jaca y cura, y no fué sólo el *pater*, sino otros cazadores que siguieron sus huellas y ejemplo.

Buenas ganas se me pasaron de acudir en auxilio del gori-gori, que boca arriba y sin sentido, lo dejé atrás con una gran herida en la cara; pero lo primero era el venado, y dejé para más despacio mis atenciones.

Resultado: que á los cinco minutos sólo D. Hipólito Gragera y yo seguíamos al ciervo; los demás, ó estaban rodando, ó auxiliando á sus compañeros.

No corríamos, volábamos con nuestros caballos, saltando arbolagas y madroñeras; pero mi buen amigo, montaba una yegua torda de su hermano Alonso que salvaba cuantos obstáculos se presentaban, dando saltos prodigiosos. Mi cordobés, menos acostumbrado á aquellas velocidades entre monte, me daba huídas al llegar á las matas fuertes muy grandes y las pasaba dando un rodeo.

Esto me hacía perder mucho camino.

Mi compañero, bien por falta de experiencia ó excesivo celo, en cuanto alcanzaba al venado, porque lo paraban los perros y se entretenía en cornearlos, detenía su yegua y le disparaba siempre á distancias grandísimas.

Yo le grité varias veces que no tirara para acercarnos y matarlo, pero mis voces y ruegos fueron en vano, temiendo siempre perder la res si se ponía en franca huída.

Sólo respiré cuando mi amigo acudió á mí pidiéndome cartuchos. «Gracias á Dios, dije, que lo vamos á matar». Seguimos persiguiéndole sin perderlo de vista, y una vez alcanzado, al vernos, ya no paraba, pero lo llevábamos galopando en medio de nosotros, yo con la escopeta montada dispuesto á tirarle en

cuanto tuviera ocasión, que no se hizo esperar, y al huir de mi compañero que le acosó algo más que yo, corrí por delante de mí, y, abandonando las riendas, le disparé dando con él en tierra.

Entonces cambió la faz de la lucha: ya nos perseguía él á nosotros, y mientras acometía á uno y aquel huía, el otro le acosaba por detrás dándole gritos, durando aquel espectáculo más de quince minutos.

Poco á poco fueron acudiendo perros, le tiré aún dos tiros más, pero siempre desde el caballo y corriendo, y, por fin, hizo plaza, defendiéndose de la recova y fué apresado por la alana «Concha» y por mi buen perro «Terrible».

Le concedí á mi amigo el placer de darle la puñalada de gracia; pero aun tuve yo que rematarlo, porque mi compañero, en su aturdimiento, le entró el cuchillo por un costado y no moría.

Tenían que ver los caballos después de este lance, hasta el extremo que al querer yo montar para ir en auxilio del cura no conocí al mío, que de castaño se había vuelto blanco de la espuma que le cubría.

En aquel momento llegó nuestro presbítero al agarre, repuesto de su atontamiento y acompañado de otros amigos, y dicen que cuando volvió en sí lo primero que preguntó fué por el venado.

Aquella noche fué una de las más felices de mi vida, y cuando al romper el alba acudió al cortijo mi buen amigo y capitán D. Pedro Castillo y me despertó, mis primeras palabras fueron decirle: «Ya maté al ciervo de San Huberto», como si hubiera conquistado á Gibraltar.

Yo no he visto en mi vida cazadora animal más hermoso, y en prueba de ello tengo en mi casa la cabeza, que es la admiración de cuantos tienen ocasión de examinarla.

Yo creo que cuando San Huberto vió en el bosque de Ardenes aquel célebre ciervo con la cruz luminosa entre las astas, no quedó tan admirado como yo, cuando al despertar de mi sueño, se me presentó un año antes este hermoso animal.

Estaba escrito que había de matarlo yo; pero éste no tenía más cruz que aquellas que le marcaron las balas de mi escopeta.

ANTONIO COVARSI

(De las *Narraciones de un Montero*, Librería de «El Progreso», Larga, 48. — Badajoz.)

